sivamente para guardar sus rebaños. De repente presentóse ante ellos un ángel del Señor, y viéronse rodeados de una luz divina, lo que los llenó de un temor inmenso.—Entonces el ángel les dijo: "No temais, porque vengo á traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo; hoy mismo, en la ciudad de David, ha nacido un Salvador, que es el CRISTO. He aquí la señal por la cual le conocereis: encontrareis un niño envuelto en mantillas y recostado en un pesebre." En el instante reunióse al ángel un grande ejército de espíritus celestiales, alabando á Dios y diciendo: "GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD." (1)

La vision maravillosa habia desaparecido, los canticos celestiales habian cesado, y los pastores, inclinados sobre sus nudosos cayados, escuchaban todavía. Cuando las brisas de la noche gimieron solas en el valle, y no quedó en el cielo un solo punto blanco y radioso que pudiese parecer un ángel, los pastores consultaron entre sí, y dijeron unos á otros: *Vamos hasta Belen, y véamos lo que ha sucedido.*" Entonces, llenaron sus canastos con sencillos presentes, tales como podian proporcionar sus cabañas, abandonaron sus rebaños á los ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas, se encaminaron á la pequeña ciudad de David. A la vista del establo, sintieron como los discípulos de Emmaus, arder su corazon, y esclamaron: ¡Tal vez aquí es! porque sabian que el Niño divino no habia nacido bajo dorados artesones, ni estaba acostado en una cuna suntuosa como un trono; nada de eso les habia anunciado el ángel. Se adelantaron pues con fé, con esperanza y con amor, hácia el pesebre abandonado, donde tuvieron la felicidad de encontrar al Salvador prometido, pues ellos le venian á buscar con intenciones rectas y almas puras.

Mirando al fondo de la caverna, para asegurarse de si habian llegado ó nó al término de su peregrinacion nocturna, *esos hombres de corazon sencillo* descubrieron á *aquel* que venia á anunciar el Evangelio á los pobres, y *á abolir la maldicion de la esclavitud*, bajo la humilde forma de un niño tranquilamente dormido en un pesebre.

La Vírgen, inclinada sobre su hijo recien-nacido, le contemplaba con humildad afectuosa y ternura profunda; José, detrás de ellos, inclinaba tambien respetuosamente su cabeza de anciano, ante ese hijo adoptivo, que era Dios mismo. Un rayo apacible de la luna alumbraba ese grupo divino, que se destacaba de las paredes rojizas de la cueva; fuera de ella, todo dormia bajo la bóveda de una noche estrellada (2).

Aquí es, dijeron los pastores, y prosternándose con respeto ante la cuna del Rey de los reyes, ofrecieron al Dios pobre que acababa de nacer, el óbolo y los homenajes del pobre.

Despues se pusieron á cantar la aparicion de los ángeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró aquella manifestacion divina; y María, que escuchaba en silencio esta sencilla narracion, grababa en su corazon cada una de sus palabras. Cumplido aquel deber y terminada su mision, los pastores de Judá se retiraron alabando á Dios, y esparcieron en las montañas la nueva de las maravillas de aquella santa noche. Llenos de asombro los que les escuchaban, se decian entre sí: "Es esto posible? ¿Estamos acaso en los tiempos de Abraham, en que los ángeles visitaban á los pastores?"

Tal vez fueron esas narraciones hechas al caer de la tarde á la orilla de los bosques, ó en el fondo de los barrancos, mientras que los camellos bebian juntos en una fuente solitaria, los que indujeron á una tribu de árabes del desierto á divinizar á María y al niño Jesus. La dulce imágen de la Vírgen, teniendo á su hijo sobre sus rodillas, fué grabada en una de las columnas de la Caaba, y comprendida solemnemente en el número de las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias. Allí permanecia aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan los historiadores árabes (3). Despues de la degollacion de los Santos Inocentes, esta valiente tribu se levantó instantáneamente, lanzó un grito de venganza, y sin espantarse por el número,

1 En una llanura muy agradable, situada á un cuarto de legua al Norte de la ciudad de Belen, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo de un valle el campo tan célebre en que esos pastores apacentaban sus rebaños durante la noche de Navidad.—Segun opinion de autores graves, tanto sagrados como profanos, la aparicion de los ángeles á los pastores, no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi; que en Roma, el templo de la paz, se desplomó subitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre. El solo nacimiento de Nuestro Señor, fué una sentencia de destierro para esas divinidades paganas, á quienes habia sido permitido hasta entonces el proferir oráculos. Milton, con un astro poético admirable, describe así en una de sus primeras piezas de verso la fuga de esas pretendidas deidades en la noche de Navidad.

"Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningun murmullo siniestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo, abandonando con un grito de desesperacion la colina de Delfos, no puede pronosticar lo futuro. Ningun éstasis nocturno, ninguna inspiracion secreta saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacerdote de ojos espantados."

"Sobre las montañas solitarias y á lo largo de las resonantes riberas, no se oyen mas que llantos y lamentaciones. Ligénio se ve forzado á alejarse, suspirando, de las fuentes y de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos: y las ninfas despojadas de sus guirnaldas de flores, gimen á la sombra de los espesos matorrales."

"LOS Lares y las Larvas hacen oir sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares. Las urnas y los altares, despiden sones lúgubres y desfallecidos que espantan á los flámines ocupados en su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor, mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado."

"Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el dios arrojado de la Palestina. Astaroth, bajo el nombre de la luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla mas cercana del santo resplandor de las antorchas. El Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en vano su Thammuz herido."

"El sombrío Moloch se escapa, dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbones: en vano el ruido de los instrumentos y de la danza, llama al rey feroz cerca de un horno ardiente. Los dioses del Nilo de la raza de los brutos, se alejan tambien rápidamente, y el perro Annubis sigue á Isis y á Osiris."

2 Los persas llaman la noche de Navidad *scheb jaldai*, noche clara y luminosa, á causa de la aparicion de los ángeles. [D'Herbelot, *Bibliot orient.*, tom. II, pág. 294.]

3 El Azraki alega el testimonio ocular de muchas personas respetables para probar un hecho muy singular, del que no creo se haya hecho mencion hasta este momento: que la figura de la Vírgen María con el niño *Aisa* [Jesus] sobre sus rodillas, estaba esculpida como una divinidad sobre una de las columnas mas inmediatas de la puerta de la Caaba. (Burckhardt. *Viaje á la Arabia*, tom. I, pág. 221.)

atacó al hijo de Heródes, sin embargo de que estaba protegido por los romanos (1).

Esta anécdota auténtica, tan curiosa y tan generalmente ignorada, viene á apoyar el hecho sobrenatural referido por San Lúcas; hecho que los filósofos burlones de la escuela volteriana, y sus adeptos mas paganos aun si es posible, del panteismo, se han atrevido á colocar entre el número de los cuentos fabulosos. La estraña devocion de esos árabes que mezclan la idolatría con el culto del verdadero Dios antes de la predicacion del Evangelio, no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de la Navidad.

A los ocho dias de su nacimiento, el hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesus, segun la órden de su Padre celestial. Debió tener sus padrinos como todos los israelitas; pero se ignora completamente en quién recayó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncision, que siempre se hacia bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia invisible, decian los hebreos, no faltaba nunca (2), tuvo lugar, segun San Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesus; y San Bernardo presume con bastante verosimilitud, que San José mismo fué su ministro.

Hombres del pueblo, dóciles al llamamiento de los ángeles, habian ido á adorar en su pobre pesebre al Niño-Dios, y á partir con él su pan negro y la leche de sus cabras. Un milagro de un órden mas elevado todavia, ocasionado por un hecho enteramente distinto, condujo poco tiempo despues á la misma cuna las primicias de la gentilidad convertida; los pastores de Judá habian tomado la iniciativa; tocábale, pues, su turno á los reyes y á los sábios.

CAPITULO XII.

LA ADORACION DE LOS MAGOS.

Durante el otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, los magos caldeos, tan hábiles en la ciencia del curso de los astros, distinguieron una estrella de primera magnitud, que en su marcha estraordinaria y en otras señales no menos ciertas, reconocieron ser la estrella de Jacob, anunciada mucho tiempo antes por Balaan, y que debia aparecer en el horizonte cuando se verificase el nacimiento del Mesías. Consta de las tradiciones de Irán, recogidas por Abulfarage, que Zoroastro, el restaurador de la religion de los magos, hombre de gran sabiduría, astrónomo distinguido, y ademas muy versado en la teología de los hebreos (3), habia anunciado bajo los primeros sucesores de Ciro, y poco despues del restablecimiento del templo, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, naceria de una Vírgen pura é inmaculada en la region mas occidental del Asia. Añadió que una estrella desconocida en su horizonte, señalaria este notable acontecimiento, y que á su aparicion, los magos deberian llevar por sí mismos, diversos presentes á este jóven rey. Ejecutores fieles y obedientes de las voluntades de Zoroastro, tres de los mas ilustres sábios de Babilonia (4), no bien hubieron notado la estrella predicha, cuando hicieron sonar los címbalos para dar la señal de marcha.—Dejando tras de ellos la ciudad de los Seléucidas con sus elegantes edificios de madera de palmera (5), y Babilonia á donde el viento del desierto gimiendo sobre las inmensas ruinas, parecia contar á estos silenciosos restos los siniestros oráculos del hijo de Amoi, salieron del país de los dátiles y tomaron la senda arenosa de la Palestina. Delante de ellos, cual columna luminosa que guiaba hácia las desiertas playas del mar Rojo, á las cohortes fugitivas de Israel, marchaba la estrella del Mesías. Ese nuevo astro, esento de las leyes invariables que rigen á los demas cuerpos planetarios, no tenia un movimiento regularizado y que le fuese propio; así es que, ó se adelantaba al frente de la caravana, siguiendo siempre en línea recta hácia el occidente, ó permanecia estacionaria encima de las tiendas durante las paradas nocturnas, y parecia balancearse suavemente en el seno de las nubes como un alabastro: al despuntar el dia daba la señal de partida, como habia marcado la hora del descanso (6).

Al fin las altas torres de Jerusalen, se dibujaron en el fondo del lejano horizonte: en medio de las cimas desnudas y agrestes de sus montañas, los camellos y las yeguas apagan su sed en una cis-

1 Esta particularidad, que comprueba la relacion del historiador árabe, se encuentra consignada en *los Toldos*, libro judio muy antiguo, y escrito en un espíritu de odio furioso contra el cristianismo. Por el se vé que Heródes el grande y su hijo, tuvieron que sostener una guerra contra una tribu del desierto, que adoraba á *la imágen de Jesus y de María su Madre.* Esta tribu intentó aliarse con algunas ciudades de la Palestina y especialmente con la de Hai. Luego ya que los judíos mismos colocan este suceso durante la vida de Heródes, es preciso que haya sido motivado por el degüello de los Santos Inocentes, pues el anciano Rey no sobrevivió mas que un año al nacimiento del Salvador.

2 Basnage, lib. 7. cap. 10.

3 Algunos hacen á Zoroastro discípulo de Jeremías: pero las épocas no concuerdan, y es mucho mas probable que lo fuese de Daniel.

4 No se está precisamente de acuerdo acerca del país de los Magos; unos los hacen venir del fondo de la Arabia feliz, otros de las Indias, lo cual es de todo punto improbable Los mejores autores les dejan por patria á la Persia, y esta opinion es la que mas ha prevalecido. Los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, que se dan á los Magos, son babilónicos En efecto, Babilonia, y despues de su ruina Seléucia situada á una corta distancia, fueron la morada de los mas célebres astrónomos de la antigüedad Ademas, esas ciudades están al Oriente de Jerusalen; y se puede en veinte dias de marcha trasportarse desde las orillas del Eufrates hasta Betlén. Orígenes, que era un sábio y muy instruido, asegura que los Magos se ocupaban de astrología. Drexelius se burla de Orígenes con este motivo, lo que prueba que estaba poco versado en la historia del antiguo Oriente, en que todo astrónomo era astrólogo.—D'Herbelot, cuyo nombre hace autoridad cuando se trata del Oriente, afirma tambien que los Magos vinieron de la Persia.

5 Strabon, lib. 17.

6 Véase á S. Juan Crisóstomo, *sermon* 6, sobre San Mateo.—Colcidio, filósofo pagano que vivia hácia el fin del siglo tercero, hace mencion de esta estrella y de los sabios del Oriente que ella guió á la cuna de Cristo. Hé aquí lo que dice San Agustin, el águila de los doctores: "Aquel cuya muerte debia oscurecer el antiguo sol, hizo comparecer en su nacimiento una nueva estrella. ¿Cuál, era pues, esa estrella que jamas habia aparecido en medio de los astros, y que despues nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era este un lenguaje magnífico del cielo para contar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Vírgen?"

terna colocada al lado del camino, cuando los magos lanzaron un grito de terror y de sorpresa: la estrella acaba de ocultarse en las inmensidades del cielo, cual si al modo de un ser inteligente quisiera descubrir un prócsimo peligro (1).

Tan desorientados entonces como los primitivos navegantes cuando una faja de obscuras nubes les ocultaba la estrella polar, los magos se detuvieron á consultar entre sí un instante. "¿Qué significaba la repentina desaparicion de su brillante conductora? ¿Habian llegado acaso al término de su largo viaje, ó debian levantar la tienda de su morada? Que el Rey niño á quien venian á adorar desde las riberas del Tigri se hallase en Jerusalen, era muy posible y aun probable." *El Dios del cielo*, dijeron ellos para sí, no prolonga inútilmente sus milagros, éstos cesan desde el momento en que son suficientes los agentes humanos; esto es consecuente. ¿Qué importa que la estrella nos haya dejado? Podemos muy bien, sin su ausilio hallar al que venimos buscando en la capital de sus Estados. Para descubrir á donde está la cuna del jóven rey Mesías, nos basta dirigirnos por la primera calle que veamos alfombrada de verdes ramos, perfumada con esencia de rosa, y tapizada de ricas colgaduras bordadas de oro; el sonido de las arpas de los hebreos, sus coros de danzas y sus alegres aclamaciones, nos indicarán bastante el punto á donde debemos dirigir nuestros pasos." Siguiendo esta inspiracion apresuraron el paso á sus cabalgaduras, y entrando por la puerta de la muralla, penetraron en la antigua Sion por entre dos filas de soldados bárbaros.

El aspecto de Jerusalen era triste y taciturno; su poblacion afanada y silenciosa, no tenia aire de gozo ni de fiestas; únicamente algunos grupos que se formaban de distancia en distancia, veian pasar á los viajeros, á quienes se reconocia por los sátrapas del gran rey, en sus largas túnicas blancas ajustadas con magníficos cinturones de color de aurora, en sus *bazubends* (2) ó brazaletes guarnecidos de piedras preciosas, y mas que todo, en la belleza varonil de sus nobles facciones. Continuando su camino, los caballeros orientales se inclinaban á veces sobre el cuello de sus dromedarios, para preguntar á alguno de los numerosos espectadores que en torno suyo iban agrupándose, dónde se hallaba el recien-nacido Rey de los judios, y cuya estrella habian visto en Babilonia: Los jerosolimitas se miraban con sorpresa y no sabian qué responder á esta pregunta: "¿Un rey de los judíos.....?" ¿Qué rey? Ellos no conocian sino á Heródes, á quien aborrecian en el fondo de su alma, y que no tenia ningun hijo en la cuna. Admirados á su vez de que todos los que oían su pregunta protestasen su ignorancia, y no viendo por otra parte en derredor de ellos ninguna señal de regocijo, los magos subieron confundidos y consternados la populosa calle que conduce al antiguo palacio de David, y levantaron sus tiendas en sus patios ruinosos y sombríos.

Entre tanto la aparicion de estos magnates de la Persia que viajaban, cosa muy rara entonces, por las montañas de la Judea, sus estrañas preguntas, que sorprendieron é intimidaron al mismo tiempo á aquel pueblo, á quien el vasto sistema de espionaje organizado por Heródes (3) tenia en la mayor sujecion, pusieron en movimiento á la ciudad mas inquieta y sediciosa de todo el Oriente. El nombre del rey Mesías pronunciado por los fariseos, siempre solícitos en alarmar al anciano monarca sobre el porvenir de su casa y la duracion de su propio poder, cayó en medio de los grupos de los curiosos como una chispa sobre la paja. El rey Mesías, ¡Oh, esto era la libertad! ¡la conquista! ¡la gloria! ¡era la bandera de Judá ondeando victoriosa sobre el mundo vencido! Los sátrapas de Persia estaban reputados por los primeros astrólogos del mundo (4), ellos habrian sin duda leido en los astros el nacimiento del *Goel* (5) hebreo. El heredero de los reyes de Judá, iba á subir sin duda al trono de sus antecesores y á lanzar de él á la raza de los Heródes, estos *semi-judíos* que no eran mas que los esclavos de Roma! Un sordo rumor, parecido al que precede á las tempestades del Océano, circuló instantáneamente en las casas, en las calles, en las plazas públicas; jamas los judíos jerosolimitas se sintieron menos dispuestos á obedecer el edicto real que les prescribia *no mezclarse en otra cosa que en sus propios negocios* (6). En vano los feroces soldados de Heródes coronaban las murallas y los fuertes, y las plataformas de las torres; el pueblo habia recobrado su fuerza, no temia, y conspiraba descubiertamente. *Toda Jerusalen estaba en conmocion*, dice el Evangelio, y habia llegado su vez al tirano de temer tambien.

Heródes habitaba entonces en su palacio de Jerusalen, cuyos jardines llenos de flores preciosas, poblados de pájaros raros, y surcados de cristalinos arroyos que iban á perderse bajo las sombras de un frondoso bosquecillo (7), no podian distraerle de los terríficos recuerdos, y de las siniestras provisiones que llenaban de sobresalto y amargura su cansada ecsistencia. Instruido por el gefe de sus espías de la llegada de los magos y de las estrañas preguntas que habian hecho á la multitud, su ancha frente que habian rugado contínuos y recelosos pensamientos, se obscureció como un cielo bor-

1 Esta cisterna ó pozo situado en el camino de Jerusalen, lleva todavía el nombre de *cisterna de los tres Reyes ó de la estrella*, en memoria de este suceso. (*Viajes de Jesucristo.*)

2 Brazaletes antiguos adornados de diamantes y de perlas, que los sátrapas de la familia real llevaban encima del codo; el rey de Persia y sus hijos llevan todavía los *barubends*. (Véase Morier, *Viaje á Persia y Armenia.*)

3 Véase Josefo, *Antig. de los judíos* l. XV, cap. 13.

4 Todo el Oriente creía entonces en la astrología, y Philon nos refiere que los sátrapas de Persia pasaban por los primeros astrólogos del mundo.

5 *Goel* [Salvador] uno de los nombres con que designan los hebreos al Mesías.

6 Heródes habia prohibido á los judíos severamente hablar de los negocios del Estado; y no podian ni aun reunirse en familia, para celebrar, segun la costumbre, grandes festines. Los espías diseminados en Jerusalen y hasta en los caminos principales, arrestaban al momento á los que infringian el edicto del rey; se les conducia secretamente, y algunas veces en la mitad del dia á las fortalezas, á donde eran castigados severamente.—(Josef, *Antig. Jud.* lib. XV. cap. 13.)

7 Josefo, *de Bello*, lib. O, cap. 13.]

rascoso, haciendo á todos visible su temerosa inquietud.

Se concibe desde luego la turbacion del rey de los judíos y se esplica muy bien por su posicion. Heródes no era ni el ungido del Señor ni el elegido del pueblo: un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio, formaba su corona tributaria, corona de servidumbre entremezclada de espinas, y de la que cada hoja habia sido pagada con montones de oro, estraido de las economías del rico y de la indigencia del pobre. Odiado de los grandes cuyas cabezas hacia rodar á la menor sospecha, temido de sus parientes, cuyas tumbas habia llenado por medios alevosos y sangrientos; inspirando horror a los sacerdotes cuyos privilegios habia hollado atrevidamente, detestado del pueblo por su religion problemática y por su orígen estranjero, Heródes no podia oponer sino sus cortesanos, sus sicarios, sus artistas y la secta opulenta, pero poco numerosa de los herodianos, que habia fascinado su magnificencia al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nacion. Frecuentemente el amigo del César era insultado cara á cara por sus súbditos obstinados: los fariseos, secta astuta y poderosa le habian rehusado con burla y menosprecio el juramento de fidelidad, los esenios, cuyo valor en los combates hacia tan temibles, habian seguido el ejemplo de los fariseos: y los jóvenes y fogosos discípulos de los doctores de la ley, acababan de derribar á la luz del medio dia el águila de oro que habia hecho colocar sobre la puerta del templo para adular á los romanos.

Por todas partes se tramaban sordamente conspiraciones contra la vida del representante del César, en las que tomaban parte sus mas cercanos parientes y sus mas queridos amigos, faltando muy poco para que muriese en escena pública, bajo el puñal de algunos jóvenes ecsaltados que creyeron perpetrar un acto de virtud y patriotismo, desembarazar á la tierra de un príncipe que reinaba como un frenético (1). Atribuyendo este atentado inaudito al menosprecio que inspiraba su ancianidad, ensayaba todos los secretos del arte para rejuvenecerse (2). Bien hubiera querido persuadirse á sí propio tanto como á los demas que era siempre el Heródes de otro tiempo, el jóven arrogante que aventajaba á la mayor parte de los hebreos en los ejercicios gimnásticos; Heródes el altivo caballero, el diestro cazador, el bello y desdeñoso monarca, que habia despreciado el amor de aquella célebre reina de Egipto, por la cual Antonio habia perdido el imperio del mundo. ¡Pero ay! los cabellos emblanquecidos que empezaban á mezclarse con la negra cabellera de sus hijos, su impaciente afan de reinar, el espíritu de subversion y de trastorno que se hacia sentir en el pueblo, y la insolencia de los bandidos que comenzaban de nuevo sus depredaciones en toda la Galilea, todo esto, le hacia comprender muy á su pesar que su terrible reinado tocaba ya á su fin. Hostigado de vivir en contínuas sospechas, y desconfiando aun de sus mismos espías, vagaba algunas veces por la noche solo y disfrazado en las calles y en las plazas públicas de su capital (3); en ellas oia por sí mismo las sordas imprecaciones, y las sangrientas amenazas y las amargas burlas que acumulaban sobre *el hombre sin abuelos*, *el Ascalonita*, *la bestia salvaje* que habia asesinado á su inocente esposa, una perla de belleza, un modelo de honor, y que habia hecho en seguida ahorcar á los hijos que tuvo en ella, aquellos dos príncipes tan melancólicos, tan bellos y tan valerosos, que el pueblo tomaba y tenia en grande estima porque le recordaban á los héroes asmoneos sus antecesores, y á su infortunada madre! El dia siguiente de estas correrías nocturnas era un dia de duelo y de suplicios; ninguno alcanzaba la gracia de aquel monstruo: la hacha del verdugo despues de haber hecho caer las cabezas mas nobles, descendia hasta el polvo. Así, pues, por todas partes se hacian votos contra la vida del príncipe, y cada vez que el rumor de su muerte, fuese por casualidad, ó con intencion se esparcia en las lejanas provincias, el pueblo acogiendo ávidamente el cebo engañador que lisonjeaba tanto sus deseos, se apresuraba á encender luminarias de regocijo, las cuales se apagaban en seguida con su misma sangre.

En medio de estos elementos de discordias civiles, cuando el espíritu de sublevacion se propagaba sordamente en las filas del ejército, y que la revolucion, cual si fuese un fruto en sazon, parecia invitar á la mano del sedicioso á cogerlo, llegan á Jerusalen unos estranjeros, cuyo aspecto denotaba una alta gerarquía, y que sin misterio ni reserva preguntan por un rey de los judíos, del que habian visto la estrella anunciadora de su reciente nacimiento. Heródes se admira; interroga ansiosamente á sus recuerdos; y las predicciones fatales á su dinastía que hacen circular los fariseos, los oráculos de los antiguos profetas, á los cuales no habia prestado hasta entonces sino una atencion indiferente y secundaria, todo viene á ofrecerse á su memoria, todo le conturba y altera. Ese Mesías guerrero, ese profeta de la descendencia de David, que desde el Oriente hasta el ocaso debe pasear su victoriosa enseña, comienza á inspirarle vagas inquietudes; no es Dios, es el príncipe el que hace así soñar al anciano rey. Mientras mas discurre, mas le parece entrever en este acontecimiento misterioso la señal de un vasto complot que tiende á levantar sobre las ruinas de su poder, otro poder oculto y rival. ¡Y qué! habria él derramado como el agua la sangre ilustre de los Macabeos, sin inquietarse de que este hecho hiciese latir el corazon de su esposa y de sus hijos; habria despedazado bajo las ruedas de hierro de su despotismo, todo lo que le opusiera alguna resistencia; habria

1 Tan lejos estaba el pueblo de aplaudir el descubrimiento de esta conspiracion y de regocijarse en la salvacion del rey, que por el contrario, se apoderó del delator y haciéndolo trizas lo dió por pasto á los perros.—(Josefo, *Antig. Jud.* lib. XV. cap. 11.)

2 Heródes con el fin de parecer jóven todavía, se hacia teñir de negro los cabellos y la barba.—(*Ibid.* l. XVI, 11.)

3 Frecuentemente se mezclaba de noche y á favor de un disfraz entre el populacho, segun dice Josefo, para saber la opinion que se tenia de su gobierno; castigando despues sin misericordia á los que desaprobaban sus medidas.—(*Ibid.* l. XV, cap. 13.)

perdido su alma, su honor, el reposo de sus noches, en las que las víctimas sangrientas que habia inmolado venian á turbar su sueño.... (1) y todo esto, ¿para qué? para allanar el camino del trono á la familia de David.....! (2). Este cetro, tan caramente adquirido; este cetro, húmedo todavía con la sangre de los suyos, no seria sino una caña estéril y maldita que el viento de la muerte haria caer rota sobre su tumba!.... ¡Deberia, pues, pasar como el meteoro funesto de una noche tempestuosa sobre esta tierra, cuya antigua gloria volveria á renacer despues de su reinado, mas brillante que nunca!.... ¡Y veria él á ese pueblo que le aborrecia con un odio tan profundo, tan terrible, tan encarnizado, que sus mismos beneficios no podian estinguirle, rodear con su amor y sus simpatías al vástago ilustre de sus antiguos reyes! Este último pensamiento caía amargo como el absinto, sobre el corazon sombrío y desolado del viejo monarca, porque en medio de sus actos de violencia esperimentaba la necesidad íntima de ser amado, necesidad estraña por cierto, pero demasiado real en aquella naturaleza escepcional, que parecia un compuesto de contrariedades; y en que habia cualidades muy nobles avasalladas á la pasion mas cruel, mas dominante que pueda devastar el alma del hombre, la ambicion.

"Que ese Niño, ya sea un príncipe de la tierra, ó un profeta de Dios, dijo Heródes despues de una pausa, es preciso que muera.... y morirá; aun cuando estuviese seguro de estinguir con esa débil centella todas las glorias que nuestros *inspirados* sueñan para el porvenir. Atalía, aquella mujer tan hábil en reinar, no olvidó sino á un niño que se hallaba en la cuna, en la matanza de la familia real de Judá.... y este niño le arrebató el trono y la vida! Yo procuraré no olvidar á ninguno. Pero ¿á dónde, por fin, se oculta ese rey de los judíos *recien nacido* que anuncian los astros, y que estos sátrapas insolentes vienen á buscar á la puerta misma de mi palacio?.... ¿Será en efecto el *Schilo* profetizado por Jacob?.... ó no son mas que delirios de astrólogos tal vez?.... No importa, es necesario asegurarse." Pocas horas despues, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, reunidos en consejo bajo la presidencia de Heródes, oían esta pregunta que debió parecerles bien estraña en los labios de semejante príncipe: "¿Sabeis, por ventura, en qué lugar debe nacer el Mesías?"

La respuesta que no se hizo esperar fué concisa y unánime: *En Betlen de Judá.* Y los ancianos de Israel contentos de hallar ocasion para poner en cuidado al amigo de los romanos, no dejaron de añadir que, tocando á su término la última semana de Daniel, estaban ya prócsimos los tiempos del Mesías. Estas indicaciones poco satisfactorias no bastaron á Heródes que deseaba saber con toda certeza á dónde debia dirigir sus golpes; por lo tanto resolvió interrogar á los magos para inquirir de ellos, si era posible, la época precisa del nacimiento del niño, calculada por la de la aparicion de la estrella. Profundamente político para conceder á los sábios de Irán una audiencia pública que hubiera dado mayor interes á un rumor que á él importaba tanto sofocar. el rey los hizo llamar en secreto, y los estrechó con repetidas preguntas sobre el tiempo en que se les habia aparecido la estrella. "El se informó minuciosamente, no acerca del niño sino de la estrella, dice San Juan Crisóstomo, á fin de guardar toda la circunspeccion posible y hacerles caer en el lazo que les tendia." Instruido ya de lo que deseaba saber, el sanguinario Heródes, despidió á los estranjeros de una manera cortesana y afable. *Id, les dijo, id á Betlen, informaos esactamente de este niño, y cuando le háyais encontrado, venid á avisarme porque quiero yo ir á adorarle.*

Los magos, que como todos los hombres superiores, como todos los hijos de la meditacion y de la ciencia, eran buenos, sinceros y no inclinados á sospechar de las intenciones, si bien comprendian la tiranía y la crueldad en un príncipe, no creían posible la mentira, puesto que lo primero que los reyes de Persia aprendian en su infancia era á decir la verdad. Creyendo por lo tanto en las falsas palabras del Idumeo, y volviendo á pasar bajo los elegantes pórticos de aquel palacio que competia en magnificencia con los del gran rey, pero que no tenia en medio de sus bronces y de sus soberbios arcos, la campana de oro de los *suplicantes* (3), dejaron á Betzetha (4), y haciendo doblar sus tiendas, atravesaron segunda vez la ciudad Santa para dirigirse al lugar en que se presumia habia nacido el Mesías. Al tiempo de pasar por los muros cargados de trofeos del nuevo anfiteatro, cuya decoracion inusitada era un objeto inagotable de sarcasmos para los fariseos, volvieron á encontrar á Heródes que se encaminaba á Jericó (5),

1 *Ibid.* lib. V, cap. 13.

2 Algunos se han admirado de los temores que causaba á Heródes un vástago de la familia de David; sin embargo, no fué Heródes el único que persiguió á esta noble familia en odio de sus antiguos derechos y de sus gloriosas esperanzas. Eusebio, segun el testimonio de Hegesipo refiere que despues de la conquista de Jerusalen, Vespasiano ordenó buscar y destruir la posteridad de David: bajo el imperio de Trajano, la persecucion duraba aún. Finalmente. Domiciano se hizo conducir á Roma dos vástagos de esa raza ilustre, que descendian del apóstol San Judas. El emperador, despues de haberles interrogado, sabiendo que solo poseian 39 fanegas de tierra que cultivaban con sus propias manos, les permitió volver á su patria, tranquilizada su ambicion por su pobreza.

3 Los reyes de Persia administraban la justicia de un modo enteramente patriarcal. Ellos tenian encima de su cabeza una campana de oro, y á esta campana estaba atada una cadena cuyo estremo pendia en la parte esterior de las paredes del palacio: cada vez que sonaba la campana, los oficiales del príncipe salian de sus habitaciones é introducian delante del *Gran Rey* á los suplicantes que pedian justicia al mismo príncipe, y éste se las administraba inmediatamente y con equidad. (Antar. *Trad. de Arab.*)

4 El cuartel llamado *Betzetha* ó la ciudad nueva que Heródes habia incorporado á Jerusalen, estaba situado al Norte del templo, y encerraba la piscina inferior, la piscina probática y el palacio de Heródes.

5 Nosotros hemos seguido á los autores que pretenden que Heródes pasó á Jericó, donde estuvo algun tiempo enfermo, en el momento en que los magos se dirigieron hácia Betlen: esto concuerda de todo punto con lo que refiere el Evangelio; porque si Heródes se hubiese hallado en Jerusalen al tiempo del regreso de los persas, éstos le hubieran visto probablemente antes del aviso del ángel, que no les comunicó los proyectos del rey hasta la primera noche de viaje. La enfermedad de Heródes, desviando su atencion de los magos y del Niño, dejó á aquellos la libertad de volver pa-

rodeado de un bosque de lanzas que empuñaban sus guardias compuestas de tracios y germanos.

Los persas salieron por la puerta de Damasco, y tomando la izquierda se encontraron á poco entre barrancos profundos, entrecortados, por colinas á las que era necesario trepar. Llevaban á lo mas una hora de marcha de la capital de la Judea, y dejaban beber á sus camellos en las aguas de una cisterna, cuando percibieron en el zenit un punto brillante que descendió hácia ellos con la rapidez de una exhalacion: *¡La estrella! ¡nuestra estrella!* gritaron los esclavos transportados de gozo: *¡La estrella!* repitieron con el mismo entusiasmo sus señores; y seguros ya en esta vez de haber hallado el buen camino, se volvieron á poner en marcha con nuevo ardor.

Disponíanse á entrar en la ciudad de David, cuando la estrella inclinándose al mediodia se detuvo de repente encima de una caverna que tenia el aspecto de un establo rústico, y descendiendo al parecer mas abajo de las primeras capas de la atmósfera, vino á colocarse, por decirlo así, sobre la cabeza del Niño Dios. La vista de este astro inmóvil cuyos mas apacibles destellos caían como una manga luminosa sobre aquella gruta abierta en las rocas, llenó á los magos de una gran fe; y era necesario en efecto que su fé fuese grande para reconocer al rey-Mesías, en un niño desprovisto de todo, en tan agreste y pobre morada, acostado en un pesebre, y cuya madre, aunque hermosa y llena de gracia, manifestaba evidentemente pertenecer á una condicion obscura.

Dios que queria hacer avergonzar á los judíos de la dureza de sus corazones, presentándoles como contraste el celo religioso y la fé dócil de los infieles, permitió que la estraordinaria humillacion de la Santa Familia, no hiciese vacilar la firme creencia de los magos.

Los adoradores del sol, los gentiles á quienes la cruz venia á salvar lo mismo que á los hijos del pueblo predilecto, penetraron en la humilde morada de CRISTO con tanta veneracion, como en sus templos edificados sobre fuegos subterráneos y á donde giran esferas estrelladas (1). Segun el uso de su nacion, inclinaron sus frentes hasta tocar en el polvo de aquel albergue miserable, y despues de haberse quitado sus ricas sandalias adoraron al recien nacido, como todo hijo de Oriente adoraba entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida los cofrecitos de maderas olorosas en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en los contornos de Nínive la Grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos no tenian nada de carnal ni de repugnante como las ofrendas de los judíos La cuna de AQUEL que venia á abolir los sacrificios de la sinagoga, no debia regarse con sangre; así es que los magos no le inmolaron corderos sin mancha ni blancas terneras; sino que le presentaron el oro como á príncipe de la tierra, y el incienso y la mirra como oblacion debida á Dios (2). Despues de esto, inclinando la frente ante Maria, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Nénufar*, invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, manifestándole el deseo de *que nunca la mano de la desgracia pudiese alcanzarla.* ¡Ah! este voto no podia variar lo que estaba escrito en los decretos eternos!

Esta fué la última escena de esplendor y grandeza en que figuró la santa Vírgen. El primer período de su vida se habia deslizado como un dulce sueño del Ginnistan, bajo los artesones de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos melodiosos y de las místicas armonias de las arpas y de las liras; el segundo lleno de maravillas y de misterios, la habia puesto en comunicacion con los espíritus celestes y con los príncipes del Asia; el tercero iba á abrirse bajo muy diferentes auspicios; llegábales su vez á las persecuciones, á las angustias infinitas, á los inesplicables dolores.

Entre tanto los Magos á quienes nada detenia ya en la Judea, se dispusieron á alejarse de Betlen, pero antes se propusieron, cumpliendo su promesa, ir á buscar al rey á su palacio de Jericó, para decirle á donde se hallaba el Mesias. A fin de evitarlo, el Angel del Señor les reveló en sueños los negros designios de aquel príncipe pérfido, intimándoles la órden de cambiar de camino. Los hijos de Ormudzd, tributaron acciones de gracias al *Señor del sol y de la estrella de la mañana*, atribuyendo el honor de esta revelacion nocturna á su genio bienhechor (3), mas su perfecta docilidad los hizo merecedores del bien inefable de la fé que mas tarde obtuvieron (4); y en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del lago Asfaltito que refleja en sus aguas pesadas é inmóviles las sombras de las ciudades malditas, volvieron la cabeza de sus camellos hácia el lado del gran Océano, y se imaginaron en las llanuras plantadas de dátiles (5) y pobladas de rosas que bañan el

cíficamente á su patria, y á la Santa Familia el tiempo de emprender otra vez el camino de Nazareth.

1 Estas esferas, compuestas de círculos de oro agujeradas como el de nuestras armilares, dan rápidas vueltas cuando nace el sol. Vénse todavia en Oulan, en donde los guebros tienen un templo. (*Rabbi Benjamin.*)

2 Se han elogiado con justicia estos versos de Juvencio, el mas antiguo de los poetas cristianos de cuyas obras tengamos noticia, sobre los presentes de los reyes magos:

"Homini que Aurum, thus, myrraham, regique, Deoque,
Dona ferunt.....

3 De Ormudzd en *Zend ahuró mazdao* (el rey muy sabio), y de Ahriman, en *zend ahyro maingus* (el malo inteligente), segun la mitologia persiana, nacieron genios buenos y malos, á los que atribuyeron diversas funciones en el universo, ya para inspirar el bien, ya para propagar el mal. Uno de estos buenos genios llamado Srosch, daba cada noche siete vueltas alrededor de la tierra para velar por la seguridad de los servidores de Ormudzd. (Viaje al *Amschaspand-Named*, y el *Libro de los reyes*, de Firdousi.)

4 Autores muy antiguos afirman que los Magos recibieron el bautismo de manos de Santo Tomas: créese que sufrieron el martirio en la India á donde predicaban el Evangelio.

5 Los palmeros de Babilonia, dice Diodoro de Sicilia, producen dátiles esquisitos; son de medio pié de largo, unos amarillos, otros rojos y otros de color de púrpura; de manera que no son menos agradables á la vista que al paladar. El tronco del árbol es de una altura sorprendente, derecho y redondo por todas partes; pero la copa ó el ramaje no es en todos de la misma forma. Algunos palmeros estienden sus hojas en derredor, y el fruto sale en raci-